

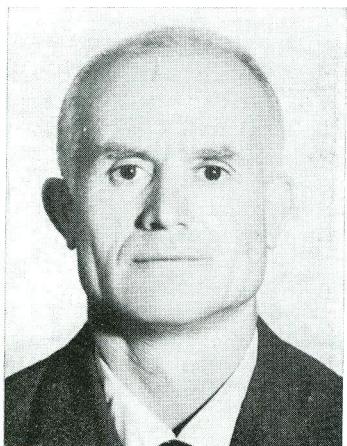
vida comunitaria plenamente centrada en el evangelio.

Soy consciente de que dificultades no nos van a faltar, ya que se va a intensificar el trabajo con la apertura de un nuevo hospital donde debemos buscar la ayuda y el apoyo comunitario; de valorar la unidad fuera de nuestras fronteras; de una encarnación intensiva en ambientes y culturas diferentes de las nuestras y, ante todo, a estar sensibles a las necesidades existentes en las que el hermano de san Juan de Dios está llamado a hacerse presente, con su carisma, en el mundo de hoy. Esperamos la colaboración de los lectores de INFORMACIÓN Y NOTICIAS, especialmente a través de la oración.

Hermano
JAVIER MURILLO, O. H.

MIS RECUERDOS DE LA BARCELONESA CALLE CARDENAL CASAÑAS

Los hermanos Ricardo Botifoll y Jaime Capdevila han permanecido una temporada en España, al lado de su familia. Cubierta la etapa de descanso han vuelto nuevamente a Sierra Leona para proseguir su incansable trabajo en el hospital de Lunsar. El doctor



Hermano Jaime Capdevila

Botifoll actúa como médico, desde la fundación de la misión hospitalaria y el hermano Jaime Capdevila, como valioso colaborador.

El hermano Ricardo escribió en Lunsar:

Mis recuerdos de la barcelonesa calle Cardenal Casañas, que nos honramos en reproducir.

ALBERGUE PARA LOS SIN HOGAR

Con motivo de estar ubicado el albergue san Juan de Dios de la Ciudad Condal, se me pide que escriba mis recuerdos de la calle en que nací, pared por medio del edificio que ocupaba un gran comercio dedicado a la venta de tejidos, hoy convertido en albergue para los sin hogar. Lo hago con gusto, pues si por una parte es grato para un hombre ya mayor evocar el pasado, también es grato para un emigrado evocar lo que dejó a miles de kilómetros.

Calle corta, poco más de cien pasos, que empieza en uno de los puntos neurálgicos del casco antiguo: el llano de la Boquería, popular y bulliciosa, con el teatro del Liceo enfrente y la Rambla de las Flores a la derecha (¿quién, por lejos que viva, no ha oído hablar de estos lugares?); y termina en un paraje arcaico y sosegado: la plaza del Pino, con la magnífica basílica del siglo XIV, una de las joyas del gótico catalán, sobria y lineal como una lección de geometría. De esta parroquia fue beneficiado en el siglo XVII san José Oriol, a quien sus contemporáneos llamaban *el doctor pa i aigua* por su rigurosa austeridad.

Calle llamada en otro tiempo «Riera del Pino», pues era la prolongación de la vanguardia que descendía por la Puerta del Ángel y calle del Pino, y que en días de lluvia recogía las aguas que bajaban de la sierra del Tibidabo y las llevaba a desembocar en la torrentera que eran las Ramblas. Todavía queda en la calle algún edificio que conserva en los bloques de piedra del portal un surco en el que se introducía una tabla para impedir, en días de aguacero, que se inundara la casa.

Una calle en la que había, en tiempos de mi niñez, una tienda de herbolario, una cerería, una colchonería, una carbonería, una sombrerería, un taller de artesanía del cuero, el palacio de una marquesa... No hace falta decir que casi nada de esto existe ya. En ella había también la librería en la que se editaba *El Patufet*, semanario infantil en catalán, que formó en el amor a la tierra y a los valores tradicionales a los niños de la pequeña burguesía durante el primer tercio del siglo.

En la calle está la casa rectoral de la parroquia del Pino, que ocupó en el siglo pasado, quien llegó a dar nombre a la mis-

El doctor Botifoll escribiendo una receta médica después de visitar a uno de sus pacientes que a diario acuden al hospital de Lunsar



ma calle: D. Salvador Casañas, después obispo de la diócesis y cardenal.

Yendo media centuria atrás, place recordar la mañana del Corpus, cuando desde el balcón contemplábamos el alegre pasacalle de los gigantes de la ciudad; o la madrugada del Viernes Santo, cuando pasaba la penitencial procesión del Vía crucis.

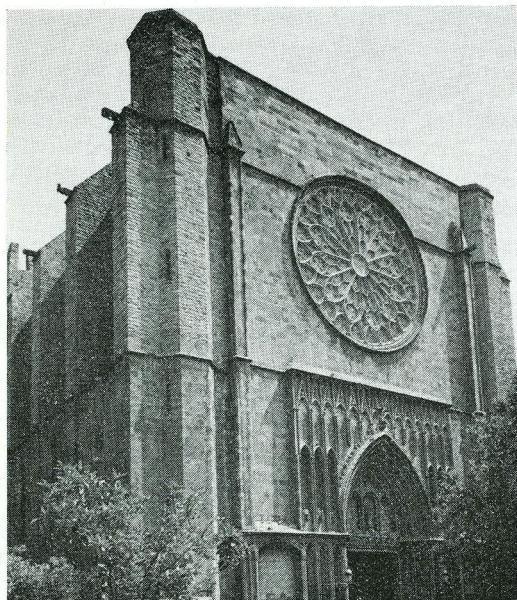
Calle que evoca también trágicos recuerdos: en los aciagos días que siguieron al 19 de julio de 1936, fue incendiada la basílica del Pino. El que esto escribe recuerda como una pesadilla las enormes llamas que hacían saltar las maravillosas vidrieras medievales

y emergían a través de los abiertos ventanales. Un año más tarde, en mayo de 1937, se levantaron en la calle barricadas que el furor de los hombres ensangrentó.

Preside el barrio el imponente campanario octogonal del Pino: macizo, severo, con cimientos muy firmes en el suelo, pero con poderosa tensión hacia lo alto. Un campanario que apenas se divisa desde las plazas y calles del entorno; que parece esconderse; que no se exhibe como la Giralda de Sevilla o el *campanile* de Giotto de Florencia. Parece truncado, pues contra lo que podría esperarse, carece de un pináculo ornamental que lo remate; sus constructores, hombres de la tierra al fin y al cabo, sin duda sentían aversión a lo superfluo. A la sombra de este campanario se crió el que escribe estas líneas; y se atrevería a afirmar que esta recia mole de piedra aplomada contribuyó a configurar su alma.

Pero ahora para mí el campanario del Pino queda muy lejos. Ante mi vista se extiende la planicie verde del trópico: unas muchachitas han dejado sus míseros tendedores de venta y se han puesto a dar palmadas y bailar; los brazaletes tintinean en sus muñecas. Tierra pobre, pero cuyos habitantes no sienten aversión, sino ilusión, por lo superfluo...

Queda muy lejano el recuerdo de aquella Barcelona antigua, tranquila, cristiana, apegada a sus tradiciones. Ahora el barrio estará inmerso en el torbellino de la urbe cosmopolita, con sus reclamos multicolores; con gente que corre, mucha de ella, tras lo superfluo también. Y hoy allá, unos compañeros, discípulos como yo de san Juan de Dios, abren sus brazos para acoger a hombres sin hogar; a hombres que se en-



Santa María del Pino, Barcelona

cuentran solos en medio de la multitud apresurada de la metrópoli. E imagino que algunos proceden de esta primitiva tierra africana que es mi patria adoptiva. Ellos —hombres que son como niños, a fin de cuentas— encontrarán cordial albergue a la sombra del campanario del Pino del que yo me alejé hace tantos años.

Y pienso que los caminos de Dios dibujan a veces curiosas líneas, que sólo aparentemente son torcidas, sobre esta pequeña esfera en que nos movemos.

Hermano RICARDO BOTIFOLL, O. H.

Lunsar, Sierra Leona.
Hospital san Juan de Dios

LA GRANADA DE SAN JUAN DE DIOS

Este libro, escrito por el religioso hospitalario Ernesto Ruiz, necesitamos manejarlo una y muchas veces como se contempla una joya de gran valor. Ya su título nos está indicando de inmediato su gran luz y sus irisaciones que nos sorprenden y nos cautivan. El mismo autor nos confiesa que lo ha escrito «con sencillez de hijo amante de su Padre». Y nos introduce «en lo íntimo de su historia, en lo sagrado de su espíritu». Esto es confesar también que ha hecho mucho más que historia meramente biográfica.

Conocíamos ya la clásica, sobria y precisa de Ruiz de Castro; las Primicias históricas de Gómez Moreno con los testimonios para el proceso de beatificación de Juan de Dios. Esta es una historia que nos hace sumergirnos en el mundo «viril, áspero, inquieto y rebosante de vida» de la Granada de entonces, pues sobre ella cayó como una llama de Pentecostés aquel pobre Juan Ciudad que la hizo fermentar en un irreversible burbujeo místico de acercamiento del hombre a Dios y de Dios al encuentro del hombre con la expresión más pura y heroica del amor fraterno de Cristo en una dimensión social —como hoy denominaríamos—, pero que se prolonga en sus seguidores hasta nuestros días y se siente que irá creciendo. Por último, recordamos *San Juan de Dios, una aventura iluminada*, de José Cruset, que nos entrega, no sólo al santo, sino de toda Granada con sus múltiples y cautivadoras vivencias. Conocemos igualmente los *Elogios*, que testifican el diverso impacto que produce Juan y Granada en los varios y distanciados entre sí.

Nos estaba faltando este libro *La Granada de san Juan de Dios*, en el que se funden en una aleación caliente los elementos históricos, místicos, hospitalarios y emocionales de una forma tan sencilla como sentida. En él se estudian y se presentan con un saber aquilatado y sobrio los elementos grandes:

El hospital, que fue casa madre de la Orden, escuela en la asistencia hospitalaria y testimonio de tantos cooperadores y seguidores en la obra del santo.

La basílica, que deslumbra, sobrecoje y enternece. Y todo por la riqueza insospechada de elementos que sacuden la inteligencia, el sentido artístico, la afectividad y la religiosidad en los que creen tenerla dormida o arrumbada.

La casa-palacio, de los auténticos señores del siglo XVI, García de Pisa. Se nos hace ver y sentir el patio con su doble baranda cuadriculada de madera; con el cielo azul encima y muchas plantas rodeando el surtidor.

Nos llevan a las dieciséis salas que son



Estado de las obras del nuevo hospital de Granada

museo ¡no un gran museo frío!, sino dieciséis museos familiares donde apetece quedarse; el Archivo de toda la Orden; la antecámara y por fin la *Cámara Santa*, donde murió el santo de rodillas sobre esos ladrillos y apretando con las dos manos a su corazón el santo crucifijo, como hasta entonces había amado a Dios, a los pobres y a los hombres todos.

A uno le parece que ha salido de ese mundo de fuera que tantas veces nos distrae amargamente y ha entrado aquí para absorber las esencias de lo heroico en lo humano y en lo sobrenatural de Juan de Dios que se contempla en este lugar. En los cuadros